LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN • VOLUMEN 12

¡EMMA Y LA REVOLUCIÓN PUNK ROCK EN LA ESTANTERÍA DE DISCOS!

UNA CLASIFICACIÓN FUERA DE CONTROL



Basado en un hecho real completamente ficticio.

LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN · VOLUMEN 12

¡Emma y la revolución punk rock en la estantería de discos!

UNA CLASIFICACIÓN FUERA DE CONTROL

Para todos esos lugares que supuestamente están aquí al lado.

Una historia de Goldhain y de las posibilidades cercanas.

Basada en un hecho real completamente ficticio.

Prólogo - La caja equivocada



Emma quería ordenar sus discos.

No todos. Solo la caja junto a la puerta de la tienda, que llevaba casi un año con una nota escrita a mano en la que ponía Más tarde.

Aquella mañana, Más tarde había llegado.

Emma abrió su tienda de discos, dejó el café junto al viejo Walkman y sacó el primer álbum de la caja. En la portada había una banda con impermeables dentro de una piscina vacía. La música probablemente era muy triste o asombrosamente ruidosa.

Emma lo dejó en la pila de Punk.

El segundo disco contenía una canción de ocho minutos sobre un faro. Fue a Post-punk.

El tercero pertenecía a un grupo que se presentaba como trío de jazz en la portada y aparecía formado por catorce personas en la contraportada.

Emma se detuvo.

Probó a colocar el disco en Jazz. Luego en Experimental. Después, otra vez en la caja.

Un cliente llamado Paul, que llevaba diez minutos fingiendo que no buscaba el mismo disco que la semana anterior, lo señaló.

«Ese va en punk».

Emma alzó una ceja. «Es un trío de jazz».

«Eso es exactamente lo que quieren que creas».

Así quedó trazada la primera línea de batalla.

A las diez y siete había tres personas alrededor de la caja. A las diez y doce eran cinco. A las diez y veinte, alguien había escrito una pancarta.

Decía: La música no se puede encarcelar.

Emma bebió un sorbo de café y contempló la pequeña asamblea.

Ni siquiera había llegado todavía al alfabeto.

I. El nuevo orden

El plan había sido sensato. Cada disco tendría un lugar fijo: primero por estilo, después por orden alfabético y, en caso de empate, por año de publicación. Emma incluso había preparado pequeñas tarjetas separadoras.

Punk. Post-punk. Hardcore. New Wave. Alternativo. Cosas que no saben decidirse.

La última tarjeta había nacido de la experiencia.

Emma colocó el disco del trío de jazz en Cosas que no saben decidirse. Paul protestó. Una clienta con bufanda roja protestó contra Paul. Un hombre mayor que solo había entrado para comprar una tarjeta de cumpleaños declaró que antes la música era más sencilla.

«Antes nada era más sencillo», dijo Emma. «Solo había menos tarjetas separadoras».

Sacó el siguiente disco. La portada mostraba un único zapato. Sin nombre de grupo, sin título, sin una sola pista. La contraportada mostraba el mismo zapato desde otro ángulo.

Emma lo puso en el tocadiscos.

De los altavoces salió primero lluvia. Después, un bajo. Luego alguien contó muy bajito hasta cuatro y cerró una puerta de golpe.

Paul asintió con reverencia. «Punk clarísimo».

La mujer de la bufanda negó con la cabeza. «Ambient».

El hombre mayor dijo: «Esa puerta está mal ajustada».

Emma dejó el disco en el mostrador. «Sin resolver».

Junto a la primera apareció una segunda pancarta: No habrá clasificación sin audición.

Nadie sabía quién la había escrito.

II. Las facciones

Al mediodía se habían formado tres facciones.

Los Alfabéticos exigían una clasificación estricta por nombre de grupo. Defendían la facilidad para encontrar las cosas, la sensatez y el derecho a localizar un disco en menos de tres minutos.

Los Clasificadores Emocionales querían categorías como Música para la lluvia, Música para corazones rotos y Música con la que pierdes un autobús sin querer. Sus propuestas eran poéticas, pero difíciles de encajar en las etiquetas.

Los Desordenados rechazaban cualquier clasificación. Su portavoz era Paul, aunque nadie lo había elegido.

Emma escuchaba desde detrás del mostrador. Como propietaria de la tienda, era legisladora, agente de fronteras y la única persona con acceso al hervidor de agua. Podría haber tomado una decisión.

Pero a Emma le gustaba la música precisamente porque no hacía lo que se esperaba de ella.

Sacó un disco de la estantería. «¿Y este?»

El álbum empezaba con tres temas rápidos de guitarra, continuaba con un cuarteto de cuerda y terminaba con una grabación de gaviotas.

Los Alfabéticos dijeron: «Nombre del grupo en la M».

Los Clasificadores Emocionales dijeron: «Música para martes complicados».

Los Desordenados aplaudieron a las gaviotas.

Emma devolvió el disco a su sitio. Siempre había estado en Rock y nunca se había quejado.

«Necesitamos un descanso», dijo.

Paul levantó una funda vacía de cartón como si fuera una pancarta. «Necesitamos un cambio».

III. Cae la primera pila

El cambio llegó en forma de pila de discos.



Emma había apilado junto a la caja los álbumes que ya había revisado. La pila había crecido más de lo que la física consideraba educado. Cuando Paul golpeó el mostrador con su cartel, empezó a inclinarse lentamente hacia la izquierda.

Emma vio el movimiento.

Saltó hacia delante, atrapó la mitad superior con una mano y sostuvo la inferior con la otra. Ochenta y tres discos quedaron inmóviles. Una sola funda se deslizó, giró en el aire y aterrizó plana sobre el suelo.

Nadie respiró.

Emma empujó la pila hasta dejarla vertical otra vez.

Estallaron los aplausos.

«Eso no ha sido un acto político», dijo.

Paul levantó la pancarta. «¡Ha salvado el archivo!»

«He evitado que se rompan ochenta y tres discos».

La clienta de la bufanda roja pintó un relámpago en un nuevo trozo de cartón. El hombre mayor se colocó junto a la puerta y explicó a dos transeúntes que se

estaba llevando a cabo una operación de rescate dentro de la tienda.

En diez minutos entraron doce personas.

Emma repartió los discos entre varias cajas resistentes. Entonces descubrió que cada caja estaba vigilada por alguien dispuesto a defender su independencia musical.

La clasificación no solo se había atascado.

Ahora tenía público.

Emma colocó la pila rescatada detrás del mostrador para protegerla. Dos personas la siguieron porque creían que allí empezaría una audición exclusiva. Cuando Emma las mandó de vuelta, solo retrocedieron medio paso y continuaron debatiendo si salvar los discos no podía considerarse, después de todo, una declaración contra la rigidez de las estanterías.

«Ha sido una declaración contra la gravedad», dijo Emma.

Frida escribió la frase en un cartón. Poco después estaba en el escaparate, enmarcada por dos relámpagos dibujados. Un transeúnte le hizo una foto. Otro se detuvo, la leyó y asintió como si acabara de resolver una cuestión vital especialmente difícil.

Emma empezó a sospechar que aquel día todas sus frases podían ser peligrosas.

IV. Un disco para la calle

Alguien abrió la puerta de la tienda para que saliera el calor. Con él salió también la música.

En ese momento sonaba el disco del zapato. Después de la lluvia llegó el bajo. Después del bajo, la voz que contaba en susurros. Cuando la puerta se cerró de golpe en la canción, un ciclista se detuvo en la acera.

«¿Qué es eso?», preguntó.

«Sin resolver», gritó Emma.

El ciclista entró.

Después, un grupo de adolescentes se detuvo ante el escaparate. Una de ellas empezó a marcar el ritmo con el pie. Paul se colocó junto al altavoz y explicó que el disco era un manifiesto contra las fronteras entre géneros. Emma quiso contradecirlo, pero no podía demostrar que no lo fuera.

La mujer de la bufanda roja abrió la segunda ventana.

El bajo se extendió por la calle.

Mira salió de la floristería de enfrente y preguntó si se celebraba algún acto. Ruby llegó desde la panadería con una bolsa de rollos de canela porque, según su experiencia, las reuniones se alargaban en

cuanto alguien empezaba a fabricar pancartas.

Emma subió el volumen. No por motivos revolucionarios. El tráfico simplemente era difícil de tapar.

La puerta de la canción volvió a cerrarse de golpe.

Alguien vitoreó fuera.

Emma miró a la multitud y después a la caja con la nota Más tarde.

Hasta ese momento había ordenado siete discos.

V. Corre la noticia

En Goldhain, las noticias viajaban por tres rutas: el periódico local, la panadería y las personas que aseguraban haberlo visto todo con sus propios ojos.

A las dos, el periódico local sabía que en la tienda de discos de Emma se estaba celebrando un debate sobre música.

A las dos y diez, la panadería sabía que Emma había inventado un nuevo género musical.

A las dos y veinte, un hombre de la plaza del mercado contaba que los jóvenes habían abolido el alfabeto.

La emisora de radio local envió a una reportera.

Llevaba una grabadora y contempló encantada las pancartas. «¿Cómo se llama el movimiento?»

Emma abrió la boca.

Paul dijo: «Surco Libre».

Los Clasificadores Emocionales gritaron: «¡Sonido sin jaulas!»

Los Alfabéticos propusieron Orden con disposiciones transitorias.

La reportera esperó.

Emma cogió el micrófono. «Estoy ordenando una caja».

La reportera asintió con solemnidad. «¿Y qué simboliza esa caja?»

«Una caja».

Más tarde, en la radio, aquello se convirtió en: Emma rechaza los símbolos simplistas y exige cambios concretos.

Cuando se emitió el reportaje, ya había cuarenta personas delante de la tienda.

Muchas no sabían con exactitud por qué estaban allí. Pero la música era buena, Ruby repartía rollos de canela y nadie quería ser el primero en abandonar un posible momento histórico.

VI. El consejo de los surcos

Emma cerró la puerta, no para dejar a nadie fuera, sino para poder escuchar la tienda durante cinco minutos.

Sentó alrededor de una mesa a representantes de las tres facciones. Paul hablaba por los Desordenados. La clienta de la bufanda roja, que se presentó como Frida, hablaba por los Clasificadores Emocionales. Lena había llegado entretanto y los Alfabéticos la nombraron su representante de inmediato, aunque ella solo había venido a recoger un disco.

Emma colocó en el centro el problemático álbum del trío de jazz.

«Empezamos con este».

Paul explicó que todas las categorías imponían limitaciones.

Lena explicó que la ausencia de categorías limitaba a quien buscaba algo.

Frida explicó que un disco podía ser al mismo tiempo fácil de encontrar y libre si se clasificaba por la emoción que provocaba.

«¿Y si provoca emociones distintas en dos personas?», preguntó Lena.

Frida se lo pensó. «Entonces necesita dos sitios».

Emma apartó el disco de su alcance por precaución.

La deliberación duró veintisiete minutos. Acordaron que la música podía poseer más de una cualidad. Aquello tenía un gran valor filosófico y ninguna utilidad práctica.

Entonces Emma propuso ordenar los discos alfabéticamente y añadir a cada uno una pequeña tarjeta de recomendación con el ambiente y el estilo.

Las tres facciones guardaron silencio.

«Demasiado sencillo», dijo Paul al fin.

«Así que probablemente funcione», dijo Lena.

VII. Empieza la revolución

Antes de que el consejo pudiera votar, se fue la luz.

Solo en la tienda. Paul había accionado por accidente el interruptor de la regleta al colocar una pancarta.

El tocadiscos enmudeció en mitad de la línea de bajo. Las lámparas se apagaron. La luz del día entró por la puerta abierta e iluminó a Emma detrás del mostrador.



La multitud de fuera quedó en silencio.

Emma fue hasta el equipo, pulsó el interruptor y colocó la aguja al principio del disco.

Lluvia. Bajo. Conteo. Puerta.

Cuando regresó la música, Emma levantó el puño. No era un saludo planeado. Solo quería dejar claro a Paul que, a partir de ese momento, la regleta se quedaba en paz.

La multitud también levantó los puños.

La reportera gritó al micrófono: «¡La revolución ha comenzado!»

Emma cerró los ojos un instante.

Después sonrió.

Si la ciudad estaba empeñada en vivir una revolución, al menos podía sonar bien.

Emma cambió el disco. Unas guitarras rápidas saltaron de los altavoces. Frida repartió cartones vacíos. Los Alfabéticos escribieron en ellos reivindicaciones cuidadosamente numeradas. Los Desordenados pintaron relámpagos por encima. Ruby pasó rollos de canela por la ventana.

Fue el levantamiento más pacífico de la historia de Goldhain y el único en el que cada participante preguntó antes de entrar si se permitía llevar zapatos dentro de la tienda.

En la parte trasera apareció un guardarropa improvisado para las mochilas, de modo que nadie rozara las fundas con una hebilla. Alguien repartió agua. Mira colocó una maceta de lavanda junto a la ventana abierta porque, en su opinión, las revoluciones no tenían por qué oler a abrigos calientes.

Emma pasó del punk rápido a un áspero álbum en directo. Entre canción y canción se oía gritar al público de la grabación. La multitud frente a la tienda respondió. Durante un instante, treinta años, dos ciudades y dos acontecimientos muy distintos compartieron el mismo compás.

Emma comprendió por qué nadie quería marcharse. Ya no se trataba de una tarjeta separadora. Aquella gente había encontrado un lugar donde podía hacer ruido sin tapar a los demás.

VIII. Aparece la autoridad

A las cuatro y media apareció el señor Kamm, de la oficina de orden público.

Llevaba una chaqueta gris, una carpeta y la expresión de un hombre que usaba el mismo formulario para mercados, desfiles y acontecimientos históricos convocados con poca antelación.

«¿Quién es el responsable?», preguntó.

Todos señalaron a Emma.

Emma señaló la caja Más tarde.

El señor Kamm miró primero a Emma y después a la caja. «Las reuniones públicas deben registrarse».

«He abierto mi tienda».

«Con música amplificada».

«No es algo completamente inusual en una tienda de discos».

«Con pancartas».

Emma contempló los carteles. En uno ya ponía Más caras B. Otro exigía Ritmo antes que burocracia. El de Lena llevaba números de página.

El señor Kamm hojeó sus documentos. Había un formulario para manifestaciones, uno para músicos callejeros y otro para el uso temporal de espacios públicos. Ninguno mencionaba un disco de jazz mal clasificado.

Emma le entregó unos auriculares.

«Escuche primero la prueba».

El señor Kamm vaciló, se los puso y oyó lluvia, bajo, un conteo y la puerta que se cerraba de golpe.

Su pie marcó el ritmo una vez.

Se dio cuenta y lo dejó inmóvil.

«Categoría sin resolver», dijo Emma.

El señor Kamm eligió el formulario para casos culturales excepcionales.

IX. La gran audición

La oficina de orden público autorizó la reunión con la condición de que la acera quedara libre y nadie utilizara las jardineras como tambores.

Emma colocó dos altavoces en la puerta y declaró abierta la audición.

Cada persona podía mencionar un disco que, en su opinión, estuviera mal clasificado. Los resultados fueron estremecedores.

Un álbum punk estaba en rock. Un álbum de rock estaba en pop. Nadie quiso defender públicamente cierto álbum de pop, aunque seis personas lo compraron en secreto. Un disco de cantos de ballena estaba clasificado en Naturaleza, a pesar de que las ballenas cantaban acompañadas por un sintetizador.

Emma escuchó todas las quejas. Algunas eran justificadas. Algunas eran declaraciones de amor disfrazadas de cuestiones de orden. Algunas solo demostraban que a la gente no le gustaba ver su música favorita en la misma sección que la música favorita de otros.

De pronto comprendió que nadie protestaba realmente contra las estanterías.

Protestaban contra la sensación de que una sola etiqueta pudiera explicar por completo un disco.

Emma se subió a una caja resistente.

«Ordenaremos alfabéticamente», dijo.

La multitud murmuró.

«Así encontraréis lo que buscáis. Y cada disco tendrá una segunda tarjeta: para qué sirve, cuándo ayuda y qué puerta abre dentro de vuestra cabeza».

Frida levantó su pancarta. «¿También para los martes complicados?»

«Sobre todo para los martes complicados».

X. El trabajo de los insurrectos

Una revolución no termina después de los discursos. Ahí empieza la tarea de colocar las cosas.

Emma repartió cajas, tarjetas y bolígrafos. Los Alfabéticos ordenaron nombres de grupos. Los Clasificadores Emocionales escribieron recomendaciones. Los Desordenados pudieron escuchar una vez cada disco cuya clasificación seguía en disputa.

Paul recibió la tarea de vaciar la caja Más tarde.

«Es mucha responsabilidad», dijo.

«Es mucho más tarde», respondió Emma.

La tienda se convirtió en un taller. Los discos pasaban de mano en mano, pero nunca sin funda. Lena llevaba una lista. Ruby abastecía a todos de bollos. El señor Kamm se quedó para supervisar el caso cultural excepcional y al final escribió su propia tarjeta para un álbum de piano tranquilo: Para formularios que duran más que el día.

Al caer la tarde, las estanterías estaban renovadas.

Debajo de cada letra había pequeñas tarjetas. Para la lluvia sin tristeza. Para reunir valor antes de una llamada difícil. Para cocinas a medianoche. Para días en los que las puertas tienen que cerrarse más fuerte.

El disco del trío de jazz fue clasificado por el nombre del grupo. Su recomendación decía: Para personas que dejaron de contar al llegar a tres.

Paul dio su aprobación.

Nadie mencionó que aquello equivalía a una rendición.

El último disco difícil pertenecía a una banda cuyo nombre empezaba por un signo de puntuación. Lena quería colocarlo antes de la A. Paul quería ponerlo después de la Z, «donde las reglas pierden fuerza». Frida propuso guardarlo en la sección Música para personas con miedo a las decisiones alfabéticas.

Emma eligió un pequeño compartimento especial entre la Z y Aún sin resolver. El signo de puntuación obtuvo su propio lugar. El señor Kamm anotó en el acta que también se había tenido en cuenta a las minorías tipográficas.

Después despejaron el suelo entre todos. Quien había llevado un disco comprobó que su funda no tuviera dobleces. Quien había escrito una tarjeta se la leyó a otra persona. La multitud se había convertido en un equipo sin que nadie repartiera solicitudes de ingreso.

XI. La última canción

Cuando se puso el sol, en la tienda solo quedaban los participantes. La calle volvía a estar despejada. Las pancartas descansaban ordenadamente contra la pared. El señor Kamm había cerrado el caso cultural excepcional con la nota pacífico, perfectamente audible.

Emma retiró del tocadiscos el disco del zapato.

Dentro de la funda encontró una pequeña nota que nadie había visto. En ella aparecían el nombre del grupo y el título escritos con letra diminuta. El disco no era anónimo. Solo estaba mal etiquetado.

Lena buscó el nombre en el nuevo alfabeto. «En la S».

Frida escribió la recomendación: Para el momento en que una pequeña tarea se convierte de pronto en historia.

Paul añadió un relámpago.

Emma deslizó el disco hasta su lugar.

La caja Más tarde estaba vacía.

Todos esperaban un discurso. A Emma no le interesaban demasiado los discursos. En su lugar puso un último disco, una grabación rápida y cálida con una voz rasposa y un estribillo que nadie

entendía del todo.

Subió el volumen.

Paul bailó entre las cajas. Frida alzó una pancarta. Lena movió el pie tan poco que más tarde podría negar cualquier implicación. Incluso el señor Kamm permaneció en la puerta hasta que terminó la canción.

Entonces aplaudieron.

No por el orden.

Por todo lo que había conseguido acoger.

XII. La nueva sección

A la mañana siguiente, Emma abrió la tienda una hora tarde.

Ya había clientes esperando ante la puerta. Algunos querían oír el famoso disco. Otros habían traído álbumes que, según ellos, merecían su propia tarjeta emocional.

Emma los dejó entrar.

El nuevo sistema funcionaba asombrosamente bien. La gente encontraba los discos más deprisa y se quedaba más tiempo porque leía las pequeñas tarjetas. Alguien compró un álbum solo por la recomendación Para viajes en autobús en los que llegas demasiado lejos. Blitzy se lo llevó y dijo que se sentía comprendida.

Emma colocó una nueva tarjeta separadora sobre una estantería vacía: Aún sin resolver.

Era más pequeña que la vieja caja y, a propósito, no seguía el orden alfabético. Allí se guardaban discos sobre los que todavía había que hablar. No como errores, sino como invitaciones.

Paul examinó la sección. «Un espacio protegido».

«Una estantería», dijo Emma.

«Una estantería libre».

Emma le permitió quedarse con la palabra.

Por la tarde regresó la reportera de radio y preguntó si había más acciones previstas.

Emma señaló una pila de casetes sin ordenar detrás del mostrador.

La reportera dio un paso atrás.

«Todavía no», dijo Emma.

Final - Cara B

La semana siguiente, el periódico local habló de la Revolución Punk Rock de Goldhain. Publicó una fotografía de Emma con el puño alzado ante unas pancartas vacías. Debajo decía que había renegociado la relación entre el orden y la libertad.

Emma no enmarcó el artículo.

Lo utilizó para estabilizar una caja que cojeaba.

La tienda de discos volvía a estar tranquila. Las plantas colgaban bajo la luz de la mañana, el tocadiscos giraba y Emma estaba sentada entre las cajas con su viejo Walkman. Las estanterías estaban ordenadas sin parecer estrictas. Cada disco tenía su lugar. Ninguno estaba limitado a él.

El relámpago de cartón de Frida descansaba sobre una caja. La pancarta de Paul estaba a su lado, ahora cubierta por detrás con una lista de tareas pendientes. Emma había guardado las dos, no porque quisiera dirigir un movimiento, sino porque los buenos días tenían derecho a dejar huella.



Dos adolescentes se detuvieron ante el escaparate y leyeron las tarjetas emocionales. Uno señaló una recomendación. El otro se rio y los dos entraron. Emma los observó por el rabillo del ojo y dejó que la tienda explicara por sí misma su nuevo orden.

Emma se puso los auriculares y escuchó el disco del zapato.

Lluvia. Bajo. Conteo.

Justo antes de que la puerta se cerrara de golpe en la canción, la puerta de la tienda se abrió de verdad.

Nika entró cargando una caja de viejos CD.

«¿También puedes ordenar estos?»

Emma se quitó los auriculares.

Miró la caja vacía de Más tarde, las pancartas junto a la pared y el artículo bajo la estantería inestable.

Después sonrió.

«Claro», dijo. «Cinco minutos».

Al otro lado de la calle, el señor Kamm empezó a buscar por precaución el formulario para casos culturales excepcionales.